

que son gente práctica, se han guardado bien de esas reformas, que pierden á los pueblos; entre ellos, no existe constitucion escrita, si bien no hay ninguna que sea mas positiva, lo cual les permite reformarse poco á poco. Esto se parece al cuento del cuchillo de Jeannot que cambia cada diez años, sea la hoja, sea el cabo, quedando siempre el mismo. ¡Ventaja inmensa de la Inglaterra, pues nunca deja de tener cuchillo y constitucion! ¡Ventaja grande de la historia, pues nos enseña á aprovecharnos de la experiencia de los demas pueblos, y á dudar un poco de nuestra sabiduría é infalibilidad! En Francia adolecemos de un espíritu peligroso del cual es forzoso nos corrijamos. La revolucion fué una gran cosa; ella cortó enormes abusos, abolió privilegios detestables, se defendió heroicamente contra el extranjero. De aquí ha nacido que para nosotros encierra algo de sagrado y de religioso. Respetemos el valor y la abnegacion de nuestros mayores; no seré yo quien aconseje lo contrario, convencido como estoy de que el sentimiento del respeto es el mejor de cuantos abriga el alma de un pueblo. Siéntase en buena hora el deseo de amnistiar los errores y las faltas de nuestros padres, acrimínese á los tiempos; comprendo este sentimiento que no es el mio; temeroso siempre de que esa amnistía del pasado no sirva de estímulo al porvenir; pero lo que no admito, lo que vitupero, es el culto que hoy profesamos á la revolucion. No hay nada mas peligroso que la idolatría del pasado; en nuestros dias hay un partido que se denomina democrático, que tal vez se cree liberal, y cuya ciencia no consiste en otra cosa mas, que en cultivar una fé ciega por la revolucion. Siempre que se trata de hacer una reforma, ántes de preguntar si es justa y buena, se pregunta ¿qué se hizo en 1793? Merced á ese culto singular, se comete una falta tras otra, se incurre en error sobre error. ¿Quereis seguir ese camino? Pues bien, iréis á parar á lo que sucedió en 1848. La ciencia política es tan cierta como las ciencias naturales: no se puede incurrir en las mismas faltas sin sufrir iguales consecuencias. Pertenezcamos á nuestra época, porque esta es la primera condicion del progreso. Es menester que un pueblo viva su propia vida, que estudie la historia para instruirse y no para imitar. Deshagámonos de los ídolos peligrosos y vanos; el Dios que adoramos es el padre de la verdad y de la justicia; á Él solo debemos reconocer y adorar.

LECCION IX.

ALEJANDRO HAMILTON.

SEÑORES:

La convencion que debia dar al pueblo americano una Constitucion, se reunió en Filadelfia el 14 de Mayo de 1787. Washington fué nombrado presidente, por unanimidad.

Antes de hablaros de las cuestiones que en ella se discutieron, quiero haceros conocer sus miembros mas importantes, los hombres á quienes cupo la gloria de fundar el edificio que durante setenta años ha protegido la fortuna de América, y esto es tanto mas necesario, cuanto que la vida política difiere mucho de la teatral. En el teatro es preciso conocer la pieza ántes de juzgar á los actores; miéntras que en la vida política los actores son autores al mismo tiempo. Antes de asistir al drama, es preciso saber qué ideas llevan, qué sentimientos les animan, qué principios se proponen hacer triunfar.

De Washington creo que nos hemos ocupado lo bastante para conocerlo; quisiera dedicar la leccion de hoy al hombre que, despues de él, ha ejercido mayor influencia en la organizacion política de los Estados-Unidos, á Alejandro Hamilton.

Este personaje es poco conocido en Francia; en la misma América no se le hace completa justicia.

Las ideas que prevalecieron despues de la presidencia de Washington y de su sucesor, no son las que defendió Hamilton. El partido político que ha dirigido los negocios le ha tratado con poco favor, y por

mas honroso que sea el nombre que ha dejado, no se aprecia en su justo valor á uno de los hombres mas aventajadamente dotados que ha producido el mundo, y sobre todo, á uno de los mejores servidores de la libertad.

Alejandro Hamilton nació en Nevis, la perla de las Antillas, el 11 de Enero de 1757. Su padre era escoces, oriundo de una rama de la gran familia de los Hamilton. Su madre, de origen frances, descendia de una familia hugonota, á la cual la revocacion del edicto de Nántes obligó á salir de Francia; se apellidaba Faucette.

Siendo jóven aún, perdió á su madre; sin embargo, parece que esta ejerció sobre él grande influencia, y que á ella debió el conocimiento del idioma materno: ciertos rasgos del carácter de Hamilton revelan por otra parte su origen.

Su padre se arruinó y lo envió á la edad de doce años á la pequeña isla de Santa-Cruz, como dependiente de una casa de comercio. Se conservan algunas cartas suyas, escritas en esa edad, que encierran pasajes curiosos. «No quiero continuar en la triste condicion de dependiente: Yo quiero ser algo, dice; esta es una ambicion legítima, cuando no se piensa sacrificar el honor á la posicion; bien sé que hago castillos en el aire; pero muchas veces los sueños se convierten en realidades, cuando el soñador es constante. Quisiera que estallase una guerra.»

Verdadero sueño del niño, que buscaba lo desconocido al mismo tiempo que aprendía la teneduría de libros; talento modesto que (sea dicho de paso) debia servir mas adelante al primer ministro de hacienda que tuvieron los Estados-Unidos.

Convencido de que no es posible ser algo sin el estudio, Hamilton sacrificaba sus horas de sueño para darse una educacion completa. Las matemáticas, la química, la literatura, la historia, todo interesaba á ese ambicioso de doce años. Mostraba tal facilidad, que no faltó quien se interesase por él: parientes y amigos pensaron seria conveniente enviarlo á América, al continente, para que completase sus estudios.

En 1772, á los quince años de edad, llegó á Nueva-Jersey: aunque americano de nacimiento, como en la guerra de la independencia todas las Antillas inglesas hacian votos por la causa comun, la circunstancia de no ser del continente, fué para él causa de desfavor y debilidad, puesto que le faltaron esas alianzas influyentes, esos recuer-

dos del pasado, que concurrieron al éxito de muchos que le eran muy inferiores en ingenio y abnegacion.

En el colegio de Nueva-Jersey tuvo por maestro á un tal Francisco Barber, que se distinguió mas tarde como oficial durante la revolucion. A fines de 1773 se le envió á Nueva-York, á King's College (hoy Columbia College). Practicaba como estudiante de medicina, sin descuidar las letras, y desde el principio de sus estudios dió pruebas extraordinarias de ingenio y de carácter.

Era apenas un jovencito, casi un niño, y ya su chispa y su elocuencia le hacian notable. Cuando comenzaron las primeras agitaciones, salia con frecuencia del colegio para hacer de orador popular y no era por cierto de los que recogian ménos aplausos.

En 1774 se reunió el primer Congreso revolucionario: la gran cuestion se cifraba en saber si se romperian bruscamente los lazos que ligaban á la América con la Inglaterra, ó si era preferible tentar una resistencia pacífica, cesar las relaciones comerciales con los ingleses, estrechándose por el lado del interes, forzándolos de esta manera á ceder á las exigencias de la América. El país ardia, por todas partes se publicaban folletos, anónimos en su mayor parte, ó mejor dicho, seudónimos; habia unos firmados por *Bellator*, otros por *Pacificus*: se contaba mas bien con la influencia del raciocinio que con la del nombre.

Existian dos partidos: el de los exaltados que querian la guerra, y el de los moderados que pedian se insistiese hasta el extremo en la idea de conciliacion, y en que no se lanzase al país en la guerra, si no habia una necesidad absoluta.

Entre estos, uno de los mas notables era el titulado: *Simple defensa de las medidas propuestas por el Congreso*. Su autor reclamaba vigorosamente los derechos inalienables de las colonias: el de representacion, el voto del impuesto, el jurado: este era el tema favorito; pero apoyaba ademas la necesidad de favorecer el desarrollo de la industria, para prescindir de la Inglaterra; y en una epoca en la cual no se beneficiaba todavía el algodon, el folleto indicaba esta industria como llamada á enriquecer en pocos años las provincias meridionales, facilitando á las colonias el poder prescindir de la metrópoli.

Este folleto, redactado con tanta moderacion por un hombre que se anticipaba al porvenir, fué atribuido á M. Jay, gefe del partido mo-

derado de Nueva-York. No era sin embargo escrito por él. *El vengador del Congreso*, como designaban al autor, la inteligencia madura que lo habia producido estaba aún en los bancos del colegio; era Alejandro Hamilton, muchacho de diez y siete años.

El siguiente año (1775), cuando se hizo pública la jornada de Lexington, primer encuentro en el cual se virtió sangre americana, Hamilton, que no se ocupó de otra cosa sino de la guerra, halló muy del caso organizar una compañía en el colegio mismo. La tropa se dió un bello nombre, *los corazones de encina*. El uniforme consistia en una casaca verde, sombrero de cuero, y la divisa *¡Libertad ó muerte!* Hamilton combatió toda su vida, con la palabra, con la pluma ó con la espada.

En Marzo de 1776 era capitán de una compañía provincial. Como sabeis, existia entónces un ejército continental sostenido por el Congreso, además de las tropas provinciales organizadas por las colonias. Hamilton era capitán de artillería á los diez y nueve años. El general Green, al pasar una revista, observó una batería muy esmerada y que maniobraba con rara habilidad, y desde luego la recomendó á Washington. Esa batería era mandada por un niño que parecia dotado de una gran pasión por el oficio de las armas; probó muy luego que tenia algo más que pasión por la guerra, y en una peligrosa retirada de Long-Island á Trenton y á Princetown mostró una pericia militar y una energía tales, que le hicieron notable á tal punto, que Washington le eligió para ayudante de campo con grado de coronel.

Coronel á los veinte años, ayudante y confidente de Washington, se mostró siempre á la altura de su posición. Su bravura le valió muy pronto en el ejército el nombre de *el leoncito*; por lo que respecta á Washington, que era veinticinco años mayor que él, no le daba otro nombre que el de «mi hijo,» *my boy*, y le profesaba un cariño paternal: así fué que, mientras duró la guerra, no se separó del general, permaneciendo en la familia de este hasta 1781, cuando la paz era ya cosa segura.—Se le confiaron muchas comisiones de confianza, en las cuales se hizo notar por su prudencia y por su valor á toda prueba. En el sitio de York Town, se distinguió bajo las órdenes de La Fayette. Este general mandaba las tropas americanas, y el general Viomesnil las francesas. Grande era la emulación que reinaba entre ambas: los

americanos habian recibido la orden de asaltar un reducto; los franceses otro. M. de Viomesnil, con esa confianza que constituye la fuerza de los franceses, pero que tambien los hace á veces desagradables, aun á sus aliados, preguntó á La Fayette cómo pensaba apoderarse del reducto. A la bayoneta, contestó este; M. de Viomesnil se sonrió. Hamilton se apoderó de la posición enemiga y entró el primero al reducto. Una vez tomado, La Fayette, con maligna simplicidad, envió al coronel Gimat á decir á M. de Viomesnil si queria que los americanos, que ya estaban desocupados, ayudasen á los franceses á concluir su tarea. Dad las gracias al general, replicó M. de Viomesnil, y decidle que dentro de cinco minutos estaremos dentro del reducto. Así sucedió en efecto.

Hamilton se encontró al mismo tiempo en posesión de la confianza de La Fayette y de Washington; del vínculo entre la América y la Francia. Cuando esta envió sus soldados á América, la gran preocupación de Washington consistia en saber cómo podrian acomodarse los veteranos franceses con las milicias americanas. Era aquel un plantel de excelentes tropas bien pagadas y bien alimentadas; entre los oficiales, muchos habian servido durante la guerra de siete años: esas tropas iban á encontrarse al lado de las americanas, que no descollaban ni por la riqueza de los oficiales ni por la regularidad de las maniobras, y que estaban además mal vestidas, mal alimentadas y mal equipadas.

Washington temia que esos oficiales llegados de Versalles tuviesen en ménos á soldados que contaban con mayor valor que apariencia. Nos conocia mal; llegado el momento de la prueba, se convenció de que los franceses eran los mejores aliados, los mejores camaradas del mundo.

Sin embargo, bueno era tener entre ambos ejércitos á alguien que supiese amortiguar los choques posibles. Luis XVI habia tomado sus medidas para evitar que los franceses se diesen sobrada importancia, ordenando que sus tropas no fuesen consideradas sino como una división del ejército americano, bajo las órdenes de Washington. No obstante, era prudente hubiese entre ambos ejércitos un intermediario que se explicase bien en frances. Encomendóse á Hamilton esa comisión, y su buen humor, su franqueza, sus maneras caballerescas, agradaron en sumo grado al ejército frances, cuya amistad le fué fiel hasta el último momento. No solo de esa manera sirvió á Washington. Como el

general mantenía una correspondencia no interrumpida con cada una de las colonias, necesitaba un secretario que le preparase las contestaciones. Hamilton fué encargado de ello, y entre las cartas de aquel, que aun se conservan, sin duda se hallan muchas redactadas por su secretario. Durante veinte ó veinticinco años no se separó de Washington ni un instante, formándose entre ambos una afecion nunca desmentida.

En 1780 una nube se interpuso entre ambos, cosa que ocurre entre los mejores amigos. Washington, que era muy susceptible en cuanto al respeto que se le debía, se quejó de que su ayudante le hubiese hecho aguardar diez minutos en una escalera. Esto motivó un disgusto, á consecuencia del cual Hamilton creyó que era mejor retirarse. Por otra parte, se habia casado el año anterior con la hija del general Schuyler, de origen holandés, dama respetable que debia sobrevivirle cerca de cincuenta años. En 1852 vivia todavía, á la edad de noventa y cuatro años.

Hamilton no tenia fortuna: como sabeis, los oficiales no habian recibido sueldo durante la guerra; la mayor parte de ellos se habian adeudado y arruinado en servicio de la patria, Hamilton quiso crearse una posicion independiente; con esa facilidad de cambiar de profesion peculiar á los americanos, se hizo abogado en Nueva-York. En el foro se encontró con varios compañeros de armas que, despues de firmada la paz, se consagraron al estudio del derecho y abogaban como él: la toga reemplazaba á la espada.

Su casamiento le habia arraigado en el país, era entendido en materia de negocios, hablaba con calor, y muy pronto llegó á ser uno de los mejores abogados de la ciudad, con crédito suficiente para que le enviase al Congreso la ciudad de Nueva-York en 1782.

Aquí es donde empieza el segundo acto de su vida política. El primer período lo habia pasado en la guerra; iba á ser legislador en el siguiente. A su entrada al Congreso se encontró con una situacion difícilísima: era el momento en que el ejército reclamaba sus sueldos. La paz se aproximaba, las cuentas de los oficiales no estaban liquidadas; inminente era un motin y aun la guerra civil. El gran mérito de ese hombre consiste en haber sido el primero que comprendió semejante situacion, señalándosela á Washington, é indicándole tambien con

el título que para ello le daba la amistad, la línea de conducta que convenia adoptar para evitar funestos resultados. Conservamos sus cartas y vemos que en aquella ocasion Washington siguió al pié de la letra los consejos del jóven que reunia tanta energía como prudencia.

Hamilton fué el defensor de sus camaradas ante el Congreso; pero para poder hacerlo sin que se le echase en cara que abogaba en causa propia bajo el pretexto de defender los intereses comunes, declaró que renunciaba á toda reclamacion por su parte. Hizo valer los servicios de esos hombres que se habian sacrificado por la América, pidiendo al Congreso que reconociese sus reclamaciones. Larga fué la lucha, y una vez que estalló el motin, no faltó quien pretendiera que Hamilton lo habia promovido, ó por lo ménos que lo habia aprobado.

El derecho de los oficiales no fué reconocido, el Congreso no se decidió á hacer justicia sino en el momento del peligro: si hubiese escuchado á Hamilton á tiempo, la historia no conservaria el recuerdo de semejante ingratitud.

Reconocida que fué la deuda militar, quedaba en pié otra cuestion no ménos grave: ¿cómo se pagaria esa deuda? Faltaba dinero, solo habia asignados, el país se hallaba amenazado de una bancarota; era preciso que algun financiero ilustrase la marcha del Congreso. Fué Hamilton. Con la prodigiosa facilidad que le permitia afrontar una cuestion y agotarla, propuso al Congreso la consolidacion de todas las deudas, tomando la confederacion sobre sí la militar y las de los Estados. De esa manera creaba la unidad financiera para llegar con mas seguridad á la unidad nacional. Como complemento necesario á esta medida, Hamilton propuso que el Congreso fuese autorizado para establecer aduanas en todas las costas de América. El medio natural de crear un fondo nacional para hacer frente á una deuda comun, consistia en la unificacion de los recursos. La proposicion era buena, pero no agradaba al partido democrático, celoso del ejército y que nada queria hacer en favor de los soldados. Así fué que, cuando aquel solicitó la unidad de los impuestos y de las deudas, algunos de los que llegaron á ocupar mas tarde el puesto de presidentes de los Estados-Unidos, dijeron de él, que arrojaba la careta, y lo tildaron de monarquista. El Congreso acogió friamente sus proposiciones, los Estados le rehusaron su concurso. Una alma vulgar habria desmayado; pero

el hombre que no se aveza á la derrota es un pobre político: es preciso saber esperar, y cuando nos dirigimos á la opinion, es necesario estar muy convencido de que dia vendrá en que la razon acabará por triunfar.

Hamilton no desesperó, y cuando aumentó la miseria, cuando los desórdenes interiores la hicieron mas penosa, cuando la nacion empezó á sufrir, apeló al país. De acuerdo con Madison, fué uno de los promotores de esa famosa convencion de Annapolis, que debia reglamentar el comercio interior de América. Llegado que hubo á aquella ciudad, se encontró con las mismas preocupaciones, se apercibió de la impotencia de la convencion, pero con la penetracion propia del estadista, pensó que habia un medio de salvar á la América: dirigirse no ya los Estados, celosos del Congreso, sino al pueblo americano, y demostrarle el medio que aun le quedaba para salvarse por sí mismo. Este fué el objeto del famoso manifiesto de la convencion de Annapolis, redactado por Hamilton. Pedíase en él al país entero nombrara una convencion que debia reunirse en Filadelfia en 1787, para ocuparse de indicar el partido que considerase mas conveniente, y cuyo objeto especial y exclusivo seria remediar los defectos de que adolecia la confederacion: una vez redactado el proyecto de Constitucion, este se someteria á la discusion popular, de modo que el pueblo americano cooperase de esta manera á darse una Constitucion. Nada de violencias ni de subterfugios; un lenguaje verdadero, sincero, una invocacion al pueblo, tal fué el medio empleado, como acabais de verlo.

Este manifiesto produjo un excelente resultado. La Virginia fué la primera que se adhirió á la idea incluyendo á Washington entre los candidatos para la convencion, el cual aceptó el mandato; de esta manera la reunion se verificó en Filadelfia en Mayo de 1787.

Hamilton fué uno de los delegados de Nueva-York: en esa época era uno de los hombres mas distinguidos de la revolucion, y á pesar de su juventud uno de los mejor preparados. Desde 1782, habia sostenido que la América formaba una nacion, y que era preciso hacer un gran pueblo de todas las colonias; así consta de una carta suya que tengo en mi poder. Poseia el genio político.

Un diplomático que juzgaba muy bien á los hombres, aunque por lo general mas en provecho propio que en el de tercero, Talleyrand,

habia conocido á Hamilton en América, y decia que era la persona que mas le habia impresionado en aquel país. Preguntándosele por qué, respondió: «porque ha adivinado la Europa.» Hamilton habia hecho algo de mas extraordinario aún: juntamente con Franklin y Washington habia visto, y visto claramente, el porvenir deparado á la América. No hay uno solo entre los grandes estadistas de la Europa que no se haya equivocado sobre este particular; diré mas, que no siga equivocándose hoy mismo.

La situacion de Hamilton en el Congreso no fué, sin embargo, lo que debia esperarse de un hombre de su mérito. Lo habian afectado particularmente los peligros de la demagogia: era aristócrata á la manera de Washington, queria fundar la libertad sobre la moderacion y la sabiduría, virtudes que son raras entre la multitud: profesaba una aversion profunda á esos tribunos cuyo oficio consiste en agitar al pueblo, en provecho de sus ambiciones miserables. Lo que deseaba mas ardientemente era un poder ejecutivo vigorosamente constituido y un consejo nacional ó Senado, que fuese una especie de aristocracia. Su modelo, su ideal, era hacer algo parecido á la Constitucion inglesa, imaginando que la América ganaria mucho si el presidente fuese nombrado sin término, mientras se condujese bien [*during good behaviour*] y lo mismo el Senado. Se equivocaba: eso equivalia á encerrar en un corsé de fuerza á un pueblo que necesitaba crecer. Un presidente vitalicio habria acabado por ser una especie de rey, y un Senado vitalicio no habria satisfecho á la movilidad, que es esencial á la democracia bien entendida.

A mi ver, Hamilton erraba con la mejor intencion del mundo; pero sus enemigos explotaron ese error, y las preocupaciones que existian contra él se despertaron con mas fuerza que nunca. Convencido de que la opinion era opuesta á sus ideas, no vaciló en abandonar el proyecto que habia presentado, manteniéndose siempre fiel al pensamiento de obtener para las instituciones el máximo de estabilidad que fuese posible. Se le reprochó el querer establecer una monarquía en América, á lo que respondió que queria hacer una república, sin tener la pretension de saber mas que su país; pero que era menester asentar esa república sobre bases muy sólidas, para completar el experimento. Por lo demas, agregó, si el experimento fracasa, tiempo hay toda-